

coche, llevarónsela á Palacio, y habiéndola tenido algun tiempo cuidada y servida, dándole un muy copioso dote, le dieron por marido un muy principal caballero. ¡Oh Dios infinitamente misericordioso! Quién habrá que en tus manos no ponga para lograr seguras todas sus esperanzas? ¿Quién esperó en tí que quedase engañado? Y si aun en este valle de miserias así las sabes todas convertir en dichas, ¿cómo allá no las convertirás en glorias?

PLATICA XVIII.

DE LA SEGURIDAD Y FIRMEZA DE LA ESPERANZA EN DIOS.

A 17 de Agosto de 1690.

Una cosa singular, grande, prodigiosa, te quiero enseñar, mi Lucilo, le decia á aquel su Discípulo, Séneca; y es, que juntas con la mayor debilidad la mas constante fortaleza, lo mas deleznable y frágil con lo mas seguro y firme. Quiero decir, que con la flaqueza de hombre has de tener la seguridad tan firme como si fuera Dios: *Ecce res magna, habere imbecillitatem hominis, securitatem Dei.* (Senec. *Epist.* 53.) Cosa grande; no hay duda que un hombre, padeciendo de su humana naturaleza lo frágil, al mismo tiempo goce tanta seguridad como si fuera Dios. Cosa grande, vuelvo á decir, y que con razon le merece toda su admiracion á Séneca: *Ecce res magna.* Pero esa union prodigiosa, ¿cómo se puede conseguir? ¿Cómo puede ser que un hombre por su naturaleza inconstante, por su vivir caduco, por sus fuerzas débil y por todo su ser deleznable, á todo esto junte luego la fortaleza, la constancia y la seguridad de Dios? *Habere imbecillitatem hominis, securitatem Dei.*

Séneca se queda solo en palabras. Pero Isaías nos la enseña clara y patente á la luz de eternas verdades. ¿Saben cómo puede ser esa pregunta? dice el Profeta: solo con que pongan en Dios fija y estable su esperanza: (*Isai. cap. 40. v. 31.*) *Qui sperant in Domino mutabunt fortitudinem.* Los que esperan en Dios mudarán su fortaleza. ¿La mudarán? Sí, porque entregando ellos en manos de Dios toda su debilidad humana, el mismo Dios les paga con darles toda su fortaleza Divina. Y hé aquí un hombre, que por sí deleznable y sin fuerzas, puesto todo en las manos de Dios con la esperanza, todo lo puede en Dios, todo lo alcanza con un remedio de la Omnipotencia. ¡Ah, si supieras cuántas son las fuerzas que tiene la Esperanza en Dios, solía repetir mucho mi Padre San Ignacio! Esta es la que sin miedo reta á todo el infierno; esta es la que con denuedo desprecia todo el mundo; ésta la que poderosa escala los Cielos. Vengan enemigos á ejércitos, decia David, que si tengo á Dios á mi lado, no conozco el miedo: (*Ps. 26.*) *Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum.* Levántense montes de dificultades y de peligros, decia S. Pablo: (*Ad. Philip. 4.*) que si tengo á Dios que me ayuda, todo, todo lo puedo: *Omnia possum in eo qui me confortat.* Lluévan sobre mí trabajos, decia Job, vengan pérdidas, enfermedades, y si pueden multiplicarse, muertes, que si yo tengo á Dios fijo en mi esperanza, nada, nada siento: *Etiam si occiderit me, in ipso sperabo.* Esta fué la fortaleza invencible de mas de once millones de Santos Mártires, la Esperanza. Esta fué la constancia de tantas tiernas y delicadísimas vírgenes, la Esperanza. Esta fué la firmeza de tantos Anacoretas enclaustrados, solitarios y penitentes, la Es-

peranza. Y ésta en fin, ha sido la inefable seguridad de todos los Santos, la Esperanza. Hé aquí, pues, aquella union prodigiosa: con la debilidad de hombre, la firmeza y la seguridad de Dios. *Habere imbecillitatem hominis, securitatem Dei;* que esa union es la que sabe hacer la verdadera y sobrenatural esperanza, dice Isaías: *Speret in nomine Domini, et innitatur super Deum suum.* (*Isai. 40.*)

Pues á toda esta divina seguridad nos convida el Catecismo con esta pregunta: *La esperanza ¿qué enseña?* R. *Que esperemos en Dios como en poder infinito.* Vimos ya, Fieles, que el bien que esperamos es un bien en la posesion, del todo seguro; en la duracion, eterno; en su valor y precio, infinito; en sus goces y deleites, inmenso.—¿Pero qué hacemos, me podrá decir alguno, con que ese bien sea tanto, si quererlo alcanzar nosotros es lo mismo que querer coger el Cielo con las manos? Si nuestras fuerzas son tan pocas, ¿cómo lo alcanzaremos?—Ya nos lo dice el Catecismo: lo hemos de alcanzar por mano de Dios; Dios es quien nos lo ha de dar, á cuya mano poderosa, ni hay dificultad que embarace, ni hay imposible que se oponga. Pues por eso esperamos en Dios como en poder infinito.—Ya veo esto, Padre, y lo confieso; pero solo pregunto, ¿por qué el Catecismo ha de poner por razon de nuestra esperanza el poder infinito de Dios? Si dijera, *esperemos en Dios como en un amor infinito*, ¿qué razon mas fuerte? porque no hay cosa que mas aliente la esperanza que saber que aquel, de quien esperamos, nos tiene grande amor. Pues si Dios desde la eternidad infinitamente nos ama: *In charitate perpetua dilexi te.* Si nos amó tanto, que nos dió á su mismo Hijo y nos envió al Espíritu San-

to por Maestro, ¿quién no tendrá la esperanza muy segura de que le dará la Gloria quien le ama tanto? Es argumento de San Pablo: *¿Qui etiam filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum: quomodo non etiam cum illo omnia nobis donabit?* Más: ¿por qué no diria, *que esperemos en Dios como en liberalidad infinita?* que quien nos dió todo este mundo con todas sus criaturas para nuestro servicio; quien no cesa de estarnos dando con la vida el sustento; quien nos envía hasta los mismos Angeles que nos sirvan; y quien no deja de estarnos asistiendo y ayudando con sus auxilios, ¿qué mas fuerte razon para que en su liberalidad esperemos, que nos dará tambien la gloria? Es argumento de David: *Filii autem hominum in tegmine alarum tuarum sperabunt: inebriabuntur ab ubertate domus tuæ. (Ps. 35.)* ¿Mas por qué no diria, *que esperemos en Dios como en una verdad infinita?* porque si están llenas todas las divinas Escrituras de promesas benignísimas, con que este Padre amoroso nos asegura que nos dará la Gloria, ¿qué mayor aliento para esperarla, que saber que primero dejaria de ser Dios que faltar á la verdad de su palabra? *Et quæ procedunt de labiis meis non faciam irrita.* Es argumento de mi Padre San Pedro: *(Pet. cap. 3. v. 13.) Novos veró Cælos secundum promissa ipsius expectamus, in quibus iustitia habitat.* Más, más: por qué no ha de decir *que esperemos en Dios como en una misericordia infinita?* que quien en medio de todas nuestras culpas, ingraticudes y ruindades, no solo nos espera con el perdon, sino que nos llama, nos solicita, nos busca, ¿qué mayor aliento para nuestra esperanza, que nos dará la Gloria quien nos dió en una Cruz su vida, quien nos dió su cuerpo, quien

nos dió su sangre? Es poderoso argumento de San Pablo: *Spes non confundit.* Y dá la razon luego: *Ut quid enim Christus cum adhuc infirmi essemus secundum tempus pro impiis mortus est? (Ad Rom.)* Pues si es Dios tan infinitamente amoroso, tan liberal, tan seguro en sus promesas y tan inmenso en sus misericordias, motivos todos fortísimos para alentar nuestra esperanza, ¿por qué el Catesismo nos ha de señalar solo por razon de nuestra esperanza su poder infinito? *Que esperemos en Dios como en poder infinito.*

—Buen argumento, aun mas por lo que arguye de piedad, que por lo que tiene de fuerza: guardadlo en la memoria para continuo aliento de nuestra esperanza, y oídme ahora la respuesta con que me dejeis apuntar un ejemplo.

Visitó el Emperador Carlos V. un gran Privado suyo, que estaba á la muerte; daba este grandes suspiros, y movido de lo que le estimaba el Emperador: «Mirad le dice, si quereis algo, sea lo que fuere, que aquí quedo yo.»—«Señor, le respondió el enfermo, que V. Magestad me alargue la vida siquiera por una hora.»—«¡Oh! que eso no está en mi mano; pedidme cosa que yo pueda.» Entonces el enfermo, envolviendo entre sollozos estos verdaderos desengaños, se volvió á la pared diciendo: «¡Ah, si yo viviera, cómo habia de servir solo á aquel Señor que tiene en su mano la muerte y la vida! Confíad ahora en Príncipes, poned vuestras esperanzas en Monarcas de la tierra, que por grandes que sean son hombres, y jamás hallareis en ellos la salud: *Nolite confidere in Principibus, in filiis hominum, in quibus non est salus.* Ahora, pues, pregunto: ¿faltó aquí el amor? No, que era aquel gran Privado del Emperador. ¿Faltó la liberali-

dad? No, que aquel Monarca era tan magnífico como grande. ¿Faltó la promesa? No, que fué palabra Real la que le aseguraba. ¿Faltó la misericordia? No, que estaba el Emperador lleno de compasion por aquella muerte. ¿Pues qué faltó? El poder, el poder. No pudo por mas que quiso. Luego el amor, las promesas, la liberalidad, la misericordia, sin el poder nada valen y nada sirven.

Ya, pues, oyentes míos, todas las perfecciones que concurren á formar el inmenso abismo de la Divina Bondad, todos nos están haciendo una amable violencia para que pongamos en Dios toda nuestra esperanza, no por algun solo bien particular, sino para que esperemos de él todos los bienes de la naturaleza, de gracia y de gloria. Su amor nos incita, su liberalidad nos convida, sus promesas nos aseguran, su misericordia nos alienta; y su inmensa Bondad nos abre las puertas, nos solicita, nos busca y nos llama; pero si junto con todas estas perfecciones, no hubiera en Dios un poder infinito para ejecutar sus promesas, todavía no quedaria segura nuestra esperanza. Pues por eso el Catecismo nos dice con Santo Tomás, que la Omnipotencia de Dios es la principal razon que dá eterna seguridad á nuestra esperanza. *Que esperemos en Dios como en poder infinito.* (D. Th. 2. 2. q. 17. art. 9. & de Spec. n. 1. & 4.) Yo bien sé quién es aquel Dios en quien creo, dice San Pablo; bien sé cuál es su amor, cuál su liberalidad, cuál su misericordia y cuáles sus promesas: *Scio cui credidi.* Todo eso me alienta; pero además de todo eso, estoy cierto, estoy seguro: *certus sum.* ¿De qué estás tan seguro, Santo Apóstol? Ya lo dice: *Quia potens est depositum meum servare:* estoy cierto, porque además de sus promesas, es in-

finitamente poderoso para cumplirme su palabra.

Pues atiende ahora, nos dice San Bernardo: (D. Bern. Serm. 9. in Ps. Qui habitat.) Mira si á Dios le es alguna cosa imposible: mira si alguna cosa le es difícil; y si lo hallas, yo te doy licencia para que pongas en otro la esperanza: *Si quid illi impossibile, si quid vel difficile est, quaere alium, in quo speres.* Pues si no lo hay, ni lo puede haber, ¿por qué no arrojamos nuestra confianza toda sola en los brazos de Aquel, que con razon se llama Dios de la Esperanza? *Deus Spei,* lo apellida San Pablo: Dios de la Esperanza: (Ad Rom. 16 v. 13.) porque á la esperanza del pobre es todo Dios para el socorro: á la esperanza del aflijido, es todo Dios para el consuelo: á la esperanza del tentado, del combatido, del desamparado, es todo Dios para la defensa, para la proteccion, para el amparo; Dios todo es la esperanza, *Deus Spei.* Y ya, fieles, si toda la omnipotencia de Dios es la medida de nuestra esperanza, si á la tierra fiamos la semilla, al mar la hacienda, á los temporales los frutos, á los correspondientes las pagas, ¿cómo á Dios no le fiaremos nuestras esperanzas? Fia un hombre á otro la hacienda, y con una escritura que le hace de obligacion, queda muy seguro de que le pagará al plazo. ¿Cuántas escrituras nos ha hecho Dios? dice San Crisólogo: ¿y no habrá quien quiera tener á Dios por deudor de sus esperanzas? *Homo homini exiguae chartulae obligatione constringitur; Deus tot, ac tantis voluminibus cavet, et tamen debitor non tenebitur?* (Christ. Serm. 25.) Poner la esperanza en los hombres, es locura, que al mejor tiempo faltan: en la salud, es necedad, que en un dia se postra: en las riquezas, es error, que á un volver de cabeza se desvanecen: en los amigos,

es engaño: ¿cuántas veces, ó porque no quieren nos burlan, ó porque no pueden, con unas dulces palabras nos dejan?

Celébralo San Agustin con un gracioso chiste. «Dos amigos, dice, iban paseándose una noche, y cuando mas divertidos, uno de ellos cayó en un pozo: al golpe, á las voces y á la desgraciada caída acude el otro, y viéndole batallar con las aguas que ya le iban ahogando, y con el aturdimiento que casi lo tenia sin sentido; mientras aquel bregaba en el fondo, éste desde el borde le decia muy compadecido: Amigo de mi alma, ¿cómo fué esto? Cómo te caíste aquí? Respondióle el otro entre ahogado y colérico: Amigo, sacadme primero del pozo, que despues yo os contaré como fué la caída. ¡Oh, y lo que hay de esto! Vereis muchos muy con dolidos preguntones de la desgracia y de la necesidad del amigo, sí; pero para darle la mano para que salga del ahogo, de la necesidad, ó de la pobreza, ¡qué raros! En Dios, en Dios han de estar nuestras esperanzas.»

Ya, padre; pero es forzoso esperar en los hombres, porque si no se acabará todo el comercio humano: es necesario esperar en nuestra diligencia, en nuestro cuidado, en nuestra maña, porque fiarlo todo de Dios, tambien fuera tentar á Dios y pedir sin necesidad milagros.—Es así, no lo niego. Pregunta Santo Tomás: (2. 1. q. 17. art. 4.) si puede alguno lícitamente esperar en los hombres; porque allá dice Dios por Jeremías, que sea maldito el hombre que espera y confía en otro hombre: *Meleditus homo, qui confidit homine.* (Hier. 17.) Pero responde el maestro de los teólogos, que si el esperar en la ayuda, en el favor, en la correspondencia de otro hombre, lo hacemos sin qui-

tar de Dios la principal confianza; si solo esperamos en otro hombre, no como en nuestro fin, sino solo como en un instrumento, como en un medio para conseguir, esto no seria incurrir en maldicion de Dios. Lo mismo digo de la industria, el trabajo y la maña: póngase; pero sea de modo que al poner nosotros la diligencia, pongamos luego en Dios toda la confianza; que sin Dios nada valen las diligencias, las fatigas y todas las industrias.

Habia en no sé qué lugar dos oficiales de un mismo oficio: el uno solo con su muger, y sin mas hijos ni familia; el otro cargado con muger, hijos y obligaciones; y con todo, siendo iguales en el trabajo y tan desiguales en los gastos, aquel que mas gastaba, mas tenia: sus hijos y muger lucidos, su casa con decencia, y todo sin que se reconociese falta: por el contrario el otro, no cesando en el trabajo no salía de la pobreza. ¡Válgame Dios, que desdicha será esta mia! ¿Dónde hallais el dinero? le dijo á su vecino. Mirad le responde aquel: por la mañana estad prevenido, que yo os llevaré á donde lo hallo. (P. Faya *pal.* 25. ex. 55.) Muy contento quedó aquel; y deseoso de la mañana, pensando hallar algun sitio donde estuviese á granel el dinero. Vino ya por él el vecino, llevólo á la Iglesia, oyeron misa, y sin hablar mas palabra volvió á su casa. Ea, mañana volveré. Pensó aquel que sin duda habria algun embarazo. ¡Qué se ha de hacer! será mañana. Volvió puntual el otro, llevólo á la Iglesia, oyeron misa, y sin decirle mas, dejólo en su casa. Esto parece cantaleta. A la siguiente mañana volvía el otro, y dijole éste muy enfadado: Yo no he menester quien me lleve á misa; lo que os pedí fué que me llevarais á donde hallais el dinero. Pues ahí os llevo, le responde:

sabed que yo jamás me pongo á trabajar sin haber primero oído misa, y en ella le pido á Dios con toda confianza que mire por mí y mis obligaciones, y para su servicio me dé buen logro de mi trabajo. Esto hago todos los días, y el efecto yo lo veo, y yo mismo no sé cómo es; ello es que me sobra todo: mirad ahora si quereis hacer lo mismo. Hízolo aquel, y en pocos días empezó á gozar en su casa la misma felicidad. ¡Ah, fieles! ¡Oh! cuántos se quejan de que todo les sale mal, que todo se les desaparece entre las manos: si no tienen á Dios, ¿qué han de tener?—¡Oh, Señor! que no ceso en mis fatigas.—Sea así; pero si son sin Dios, esas fatigas no sirven. Haced las diligencias como si no hubiera Dios; pero acudid luego con toda la confianza á Dios, como si no hubiera diligencia. ¿No puedes ya mas? ¿No alcanzas ya mas? Pues ahora sí que entra la de Dios: pon en su Magestad tu esperanza fija y segura; y si ella es tal, digo que es imposible que Dios te falte. ¡Oh, lo que dijera de esto en ejemplos de la Escritura! pero vaya acá nuestro ejemplo:

Cuenta San Gregorio el Grande, (S. Greg. l. 3. *Dialog. c. 36.*) que navegando por el mar Adriático San Maximiano, Obispo de Zaragoza de Sicilia, á la vuelta de Roma, iban en su compañía otros muchos navegantes, y en lo mejor del viage, he aquí lo peor del mar: una tempestad tan fiera, que á pocas horas del tormentoso temporal, perdido ya el timon, (es lo ordinario) desarbolados y sin velas, aún era lo menos, porque á los fieros golpes sacudido el vagél, hendido por mil partes, hacia ya tanta agua, que dentro del buque anegados, no miraban ya la muerte vecina, sino presente. ¿Cuáles serian los clamores, cuáles las ansias, no ya por el

socorro, que no esperaban, sino por el horror de la muerte que ya veían? Pero á todo el Santo Obispo clamaba mejor dentro de su corazon, echada en Dios entonces mas segura toda el ancla de su esperanza. Ya todo el navío se iba al profundo, cuando la esperanza del Santo Obispo volaba todavia segura al Cielo. ¡Oh, Señor! decia, aquí de la obligacion á que se empeñó tu piedad: el no haber ya remedio es el mayor empeño de tu omnipotente brazo. Así fué con todo un tropel de prodigios; porque de aquella suerte el navío todo anegado, sin gobernalle, desarbolado y sin velas, fué corriendo su derrota, fué navegando un día y otro; y por horas esperaban la muerte, y por instantes experimentaban los prodigios. Navegaron ocho días en teros, hasta que llegaron al puerto de su viage: fueron saltando todos; ¿cuál seria su regocijo? El último saltó San Maximiano, y al instante mismo que saltó en tierra, yéndose á pique el navío, les dijo con eso, que el navío mas seguro que los habia traído, era el de la Esperanza. ¡Oh, y si en este navegáramos todos el undoso mar de este mundo, donde en nada, sino en la esperanza fija en Dios, puede tener seguridad nuestro camino! Nos combaten las olas de la pobreza, las inconstancias de la fortuna, los temporales de tribulaciones, los escollos de desventuras, y toda la tormanta de la vida, ó toda nuestra vida, que es tormenta; pues en Dios, en Dios la esperanza, y así llegaremos á ganar el puerto de la gloria.